

amigos. Esto lo determinaron jurando al mismo tiempo por patron de la ciudad al Señor San Miguel, á quien se encomendaban para poder realizarlo. Efectivamente se verificó y el dia 23 de Setiembre del año de 1541 se juntaron en el pueblo llamado hoy Analco, las primeras familias fundadoras de la actual ciudad de Guadalajara.

*El ejército del virey de México, destruye los fuertes, vence y decide la suerte de los indios para siempre.*

Activó cuanto pudo el virey D. Antonio de Mendoza las providencias para formar un ejército capaz de contener en la N. Galicia la sublevación general contra los españoles; y á fines del año de 1541 salió con treinta mil hombres. Los más eran auxiliares mexicanos, tlaxcaltecos y tarascos. Solo mil eran españoles; pero los más de caballería y los ménos de infantería y artilleros. Las provisiones eran correspondientes á tan formidable ejército. Sin el menor embarazo caminó atravesando la parte de México y tocó Michoacan. A sus límites y al entrar en la llamada N. Galicia, en Coynan, que así se llamaba todo el partido de La Barca, encontró en un

cerro llamado hoy de San Aparicio, un formidable fuerte en que los indígenas de Cuiseo y Coynan se habian propuesto embarazarle el paso al ejército mexicano. Les hizo el virey los requerimientos de que se rindiesen, que los perdonaria si bajaban á presentarse, y que se retirasen á sus pueblos: ellos contestaron dejándose ver en gran multitud. Luego se rompió la guerra que duró muchas horas, y al fin de ellas se encontraron los infelices indios cortados por todas partes, y desesperados se echaban sobre los españoles, ciegos á recibir la muerte. Otros se precipitaban de los peñascos, y muchos echándose una soga al cuello se colgaban de los árboles. ¡Lástimoso espectáculo por cierto! aunque incapaz de mover el corazón de los tiranos que se deleitaban en verlos y contarlos. La reunion habia sido de más de treinta mil indios, y perecieron en la acción más de seis mil. Los demas, por último, pudieron fugarse, y aunque muchos volvieron á sus pueblos, otros vinieron á engrosar las filas de los valientes del Peñol de Nochistlan y Mixton.

Siguió Mendoza su marcha para Acatic después del corto descanso que dió á su ejército, y porque los víveres no alcanzaban ya para tanta gente. En dicho pueblo, en que siempre hubo

decidida afición á los españoles, se reforzó el ejército. Vino luego Oñate á ver al virey para imponerle del estado de las cosas. Fué recibido con mucho agrado. Yo y los míos, le dijo Mendoza, venimos á militar bajo las órdenes de vd. No le vino mal esta expresión á Oñate, que en el acto expuso al jefe la necesidad que habia de oprimir más á los indios de lo que prescribían los decretos de los reyes: que las franquicias y libertades los tenían insolentados, y que lo primero debia ser declararlos esclavos. En seguida le hizo ver la urgencia de no demorar el ataque al Peñol y Mixton, y para alentarle le decía: "Estos indios cuanto más muertos se multiplican más. En once años habremos matado en N. Galicia lo ménos quince mil, y ahora tenemos más de sesenta mil en el Peñol.

Expidió sus órdenes Mendoza para que permaneciesen en sus puestos respectivos los destacamentos que los jefes antecesores habian determinado, y que todos á su vez hicieran su deber, mientras él atacaba á los fuertes. Salió el ejército para Nochistlan, y cuatro leguas ántes de llegar salió un indio de los amigos de Ibarra á suplicarle no se acercasen al fuerte, porque todos perecían. Así debió suceder, pero la ventaja de las armas y caballos hacia incontrastable

la victoria. Diose vista al Peñol, que por la multitud de los combatientes adornados de penachos de plumas de colores, parecia un florido ramillete. Oyóse la vocería de una y otra parte: y con el mayor orden asentó Mendoza la real, de modo que con la multitud de soldados y auxiliares, quedó cubierto el fuerte. Aquella tarde mandó el jefe á Miguel Ibarra que intimase á los indios la guerra ó la paz. Salió D. Diego Zacatecas, y al discurso de Ibarra contestó: Si nos quereis de paz, yo tambien os requiero á nombre de los valientes que mando, que os vayais en paz á Castilla, pues nosotros estamos en nuestras tierras. Ibarra le repuso: que el virey de México era el que lo mandaba con la embajada, y que allí estaba á la cabeza del ejército; que si no se rendían los harían esclavos. Esto irritó demasiado los ánimos del general y de los que estaban presentes, y dijo D. Diego: debeis de estar locos, pues por solo vuestro querer habeis venido á provocarnos cuando estamos decididos á morir ó vencer en defensa de nuestras tierras.

Después de este discurso y haciéndoles cargo de la sangre que se derramase, hizo una señal al ejército, y al punto fué tanta la multitud de indios que salía del Peñol, la vocería y descargas de flechas y piedras, que huyó precipitadamente

el parlamentario. Al dia siguiente mandó Mendoza otros dos requerimientos que fueron despachados como el primero, y al tercero dia comenzó la batalla que rompieron los españoles.

Quince dias continuos defendieron los indígenas su libertad y la de toda la nacion en esta memorable fortaleza con tanto valor y esfuerzo, que decia el virey: Vergüenza es que estos indios nos hayan tenido tanto tiempo en continua batería; y creo que han de ir mudando el cerro sobre nosotros. Y era así, porque de las mismas piedras que despedian, formaban trincheras, y fueron ganando tierra hasta desalojar al virey de su tienda.

Por último, estos impertérritos defensores de su patria, se rindieron porque les faltó el agua, pues siendo tantos agotaron un pequeño manantial que los proveia.

Sobre esto y la ventaja de las armas concurrió á su desgracia la traicion del cacique D. Francisco, amigo de Ibarra, que salió á tiempo con dos mil indios y sus familias, del fuerte, protestando haber estado violento y forzado por el general Zacatecas. Murieron en la accion cerca de seis mil indios valientes, y algunos, como en Coynan, se mataron á sí mismos ántes de huir ó rendirse. Los prisioneros fueron mil y los

demás se fueron á engrosar las filas del Mixtoñ, en donde en mayor número que en el Peñol se disponian á otro ataque.

La historia refiere que Miguel Ibarra, encargado de los prisioneros, se desentendió de los infelices y les dió libertad para que se fuesen á sus casas. Forme el que quisiere la crítica que le parezca de este disimulo. Yo entiendo que seria por no tener lo bastante para mantenerlos, pues con diez y seis dias de sitio, no habia de ser tanta su abundancia. Ibarra fué acusado de traicion; pero el virey se hizo desentendido porque quizá estaria de acuerdo.

Temiendo justamente los españoles el refuerzo que recibieron los valientes del Mixton, si demoraban el ataque, movieron aceleradamente el paso y marcharon al dia siguiente. Llegaron pronto por no estar léjos un fuerte de otro, y no léjos del Mixton pusieron su campamento. Aquí le ocurrió á Mendoza el escrúpulo más raro que podia tener un conquistador; y juntando á sus subalternos les consultó: ¿si seria justo hacer la guerra á los indios? Ya se infiere lo que contestarian unánimemente. Los motivos que de contado impulsaron al tirano á esta consulta, fué sin duda la compasion que al ver tanto desastre y destruccion, manifestaban algunos; principal-

mente los misioneros que allí andaban, como veremos despues.

Al dia siguiente comenzó la accion, en que asegura la historia hubo más de cien mil indios combatientes. Y fué tanta su bravura y ceguedad con que allí pelearon, que salian de las murallas y se metian en las puntas de las espadas y lanzas de los españoles. Estos tambien padecieron más que en otras batallas, y perecieron muchos. Duró veinte dias el ataque, y en el último abandonaron los indigenas el puesto por haberles faltado los bastimentos, y por la traicion vil de los indios del Teul.

El manuscrito que tengo de la historia, dice: que S. Santiago se apareció en el Mixton mtando indios y que así lo publicaron los españoles. [1] No es la primera vez que estos bárbaros levantan falsos y quimeras contra los santos, haciéndoles cómplices de sus maldades. ¿Qué tenia que hacer S. Santiago con los infelices é inocentes indigenas que solo se defendian de una agresion injusta? ¿Y cuándo fueron nunca los indios á dominarlos como los moros á ellos? Es necesario ca-

[1] Así refiere esta conseja Mota Padilla. Esta aclaracion del padre Frejes honra su despreocupado espiritu y le pone como historiador muy arriba de Mota Padilla.—*M. E. B. y P. M.*

llar, porque no es de mi intento sino referir lo sucedido. Solamente añadiré: que el mayor milagro que Dios y sus santos hicieron en la conquista, fué: que los indios amaran tanto desde entónces una religion que los bárbaros españoles les trajeron en la punta de la espada y boca del cañon.

Lo cierto es que los infelices defensores del Mixton, con esta pérdida, remacharon para siempre los grillos de su servidumbre. La traicion de los indios de Teul fué la más vil que se pudo imaginar. Es el caso que convocados á la defensa de la patria, se mostraron indiferentes. Viendo los generales su desentendimiento, les mandaron una embajada llena de injurias y amenazas como merecian. El resultado fué mandar dos mil indios. Estos, instruidos y mal dispuestos, les dijeron á los jefes que venian á enseñarlos á pelear, y que ellos salian á la vanguardia: se bajaron; los españoles, que estaban de acuerdo, fingieron la accion tirando, ambos cuerpos al aire. Creido esto por los del fuerte vinieron en su defensa, y como los españoles los viesan fuera, no les fué difícil acabarlos.

Sabiendo Mendoza que en las quiebras del cerro aún habia una multitud emboscada, trataba de que entrasen sobre ellos á sangre y fuego.

Oida esta sentencia por los misioneros, se fué à presencia del virey con la mayor intrepidez el P. Fr. Antonio Segovia, y le dijo: “Ya, señor, ha corrido sus trámites la justicia bueno es dar lugar à la misericordia. Yo me obligo à subir al cerro, y me prometo con el auxilio de Dios, buen efecto y sacar à estos infelices indios reducidos à pedir la paz.” Suspendió el virey la respuesta sorprendido de la intrepidez del padre, y pareciéndole no debia exponer su vida; pero el celoso ministro lo decidió, diciéndole: que Dios era fiador de su vida. El virey aceptó, y tomando de compañero solo al P. Fr. Miguel de Boloña, sin más armas que el Breviario, una imágen de Jesucristo y otra de María Santísima de la Espectacion que siempre cargaba el P. Segovia (hoy Nuestra Señora de Zapópan), entraron al Mixton. El resultado fué: que à las treinta y seis horas salieron los PP. con seis mil indios de paz y con los que fundaron los mismos PP. nuevamente el pueblo de Juchipila.

Los demàs indios prófugos, conociendo la insuficiencia de sus esfuerzos para destruir à sus opresores, huyeron à la sierra Madre, en donde mezclados con los nayaritas y guachichiles, estuvieron y perseveraron indómitos otros doscientos años.

Algunos proyectaron aún hacer el último esfuerzo en el paso del rio, por donde el virey salia para Etzatlan; y esto à la sombra, guia y consejo formal de un español llamado Cristóbal Romero. Sabido esto por Mendoza, prendieron à Romero y lo sentenciaron à muerte; pero los oficiales compañeros, pidieron al virey la gracia de su vida. Los indios fueron conducidos à México prisioneros, de donde muy pocos volvieron. Al paso se le dió el nombre de S. Cristóbal por Cristóbal Romero.

El tirano Mendoza haciendo algunas mansiones en Etzatlan, pueblos de Chapala y Zapotlan, entró à Michoacan, en donde fundó à Vallalid, y entró à México triunfante y en medio de vivas y aclamaciones.

*Pacificacion y forma que recibió la N. Galicia despues de la conquista.*

En este año de 1541, al mismo tiempo que sucedian las guerras desoladoras indicadas, se dejaron ver señales extraordinarias en la naturaleza, como fué haber llovido agua color de sangre en Toluca la víspera de la muerte de Pedro de Alvarado, que fué el 4 de Julio. A más un cometa de tan extraordinaria magnitud, que os-